

## **NOTAS BIBLIOGRÁFICAS**

## TALLER CRÍTICO DE UNA MANTUANA Y DE UN MARQUÉS

R. J. Lovera De-Sola

### La Goda

Inés Quintero(1955) nos cuenta, en sabroso estilo, en *La criolla principal*. (Caracas: Fundación Bigott, 2003.164 p.) la historia personal de la hermana mayor del Libertador, la caraqueña María Antonia Bolívar Palacios (1777-1842), considerada por otra mujer, ser amado de nuestro corazón, “La heroína civil de las mil batallas cotidianas”, pero en cuya biografía aparecen numerosas lagunas, quizá por haber sido mujer difícil y por haber sido constante en su fidelidad a la corona de Madrid en hora de divisiones, una Realista, una Mantuana fiel al mundo en que nació y creció. Por ello para la autora de *La criolla...* María Antonia fue monárquica hasta 1821, mantuana y conservadora a partir de ese año. Esas tres actitudes definen su vida, son las tres estancias de su existir.

Este libro nos llega en buen momento porque mucho requiere nuestro conocimiento del pasado venezolano del estudio de la llamada “ideología realista” de la Independencia, del “partido realista de Caracas” contar la historia del “realismo venezolano”, soslayado por la historia oficial y básico para comprender la otra cara de la emancipación, tan interesante como nos lo han mostrado Tomás Starka en *La voz de los vencidos* (Prólogo: Inés Quintero.Caracas: Universidad Central de Venezuela, 2000. XIII,262 p.) y Alvaro Caballero, en la ficción, en su novela *Las razones del Indiano*. (Caracas: Comala, 2001.364 p.).

Parte Inés Quintero de un doble hecho: la carencia de documentos sobre María Antonia y los hechos de partido realista. Sobre lo primero anota “esta contradictoria percepción sobre María Antonia, así como la ausencia casi absoluta de información sobre su biografía”(p.7) la llenaron de perplejidad.

Y luego añade “y uno de los aspectos que más me ha llamado la atención es la enorme contradicción que representó para la elite criolla, promotora de la Independencia, romper de manera tan drástica con los valores y principios que había sostenido y defendido en los años precedentes”(p.8).

Los mantuanos, los que Inés Quintero llama en otro magnífico trabajo los “nobles de Caracas”, fueron fieles así mismos: “Así lo hicieron cuando se negaron a admitir la Real Cédula de 1789 que regulaba el trato de los esclavos; cuando se opusieron a la aplicación de la Real Cédula de Gracias al Sacar en 1795; en ocasión de rechazar la Conspiración de Gual y España en 1797; cuando condenaron la Expedición de Francisco de Miranda en 1806 y dos años más tarde, en 1808, cuando se apresuraron a constituir una junta para defender la integridad de la Monarquía española en respuesta a la ocupación napoleónica de España”(p.8).

Por ello fue idea original de Inés Quintero “elaborar un trabajo breve sobre esta singular relación entre una mantuana, enemiga de la Independencia, y su hermano, el Libertador, figura emblemática de la ruptura con España”(p.9). Quiso hacer eso brevemente pero los viejos papeles que encontró la llevaron a escribir una biografía de María Antonia. Así “el material documental que sostiene la investigación es, fundamentalmente, el escrito por María Antonia Bolívar”(p.9).

Son esos documentos los que le permiten trazar los rasgos de María Antonia: nació rica y mantuana, fue de fuerte y terrible carácter, temeraria la llamó alguna vez su hermano Simón(p.78), intemperante, terca, de arraigadas convicciones conservadoras. Le molestaban mucho “El ambiente de disolución social, el desorden, la ‘altanería de las clases inferiores’, la insufrible ‘arrogancia de los advenedizos’, la desfachatez e ‘impertinencias de los negros”(p.92).

Sin embargo esto no le impidió dejar dos hijas naturales nacidas durante su matrimonio(p.151) y tener un romance cuando tenía sesenta años con un amante mucho más joven que ella, posiblemente de nombre Ignacio Padrón(p.146), cuando ya era una mujer de edad.

Fue poco comprensiva con la política de su época, con el cambio decisivo que cumplió en Venezuela en los días en que vivió. Tan opuesta era que un día pensó que Venezuela era apenas “un fadango de locos”(p.117).

Hija de “una de las más sólidas y poderosas familias de la provincia” (p.17) casó en 1792 con Pablo de Clemente y Palacios, tuvo cuatro hijos. En 1795 su hermano menor Simón, de doce años, se escapó de la casa de su tutor, el hosco tío Carlos Palacios, en donde vivía y se fue a la casa de su hermana mayor. Allí esperaba encontrar los roces del afecto que no tenía donde residía.

Dice Inés Quintero que María Antonia “muy probablemente, fue la única criolla principal que dejó testimonio escrito sobre el difícil y contradictorio proceso que se inició con el desmantelamiento del orden monárquico y finalizó con la disolución de Colombia y la creación de la República de Venezuela”(p.13).

Ella “fue una enemiga ferviente de la república y una entusiasta defensora de los principios monárquicos... En ninguna ocasión manifestó simpatía por la causa emancipadora...mucho menos secundó a su hermano en sus ‘alucinaciones’, ‘imprudencias’ e ‘incautas obstinaciones’...Se mantuvo impertérrita y firme como leal vasalla del Rey de España”(p.15).

Cuando “ocurrieron los hechos del 19 de abril de 1810...María Antonia no dudó ni por un momento en manifestar su rechazo a la iniciativa independentista... no podía ver con buenos ojos un movimiento que desestimaba y echaba por tierra todos los privilegios y beneficios que durante siglos les había deparado el vínculo con España”(p.25). Su hermana Juana, patriota como su marido Dionisio Palacios y su hijo Guillermo, sus hermanos varones Simón y Juan Vicente, todos se unieron al pronunciamiento, que fue el signo de su generación. Ellos amaron a su época. María Antonia no, estuvo contra el signo del progreso que no era otro que la emancipación. Por ello estuvo siempre mucho más cerca de José Domingo Díaz que de su hermano Simón.

La brecha con Simón se amplió tras su arenga en la plaza de San Jacinto, “Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que no obedezca”(marzo 26,1812).

Entre 1812-14 María Antonia permaneció en Caracas. Este último año su hermano Simón, ante el avance de las tropas de José Tomás Boves (1782-1814) hacia Caracas, la obligó a pasar a Curazao. María Antonia quien se

sentía realista pensaba que nada le sucedería aunque Boves tomara la ciudad, ella era fiel al Rey. Otra cosa pensó Simón. Y la obligó a viajar.

En 1813 los patriotas retornaron a Caracas y al poder. María Antonia se mantuvo al margen.

Entre 1814-21 fueron sus días de exilio en Curazao y La Habana. En ellos dejó claro que era una realista, fue evidente “su visible y tajante repudio a la causa republicana”(p.15); fue posible observarla como una racista que criticaba duramente haber puesto “en manos de los originarios de África el cuchillo con que han de ser sacrificados los españoles de uno y otro lado del hemisferio” escribió en su primer memorial(Curazao: agosto 28,1816).

Siempre estuvo en contra de la “furiosa saña del insolente populacho” que fue como llamó al ejército que lideraba su hermano menor, decía que aquellos luchaban por una “libertad imaginaria”(p.42), le dolía “La desgracia...de tener un hermano a la Cabeza de la facción revolucionaria”(p.42), el Rey, que era Fernando VII, le concedió una pensión, la cual fue ampliada en 1820.

Apunta Inés Quintero que María Antonia siempre estuvo en el bando real y sus “representaciones escritas...a las autoridades españolas(eran) para dejarles saber su rechazo a la Independencia y su condena a la dirección política del movimiento por parte de su hermano”(p.9).

El 28 de agosto de 1816, desde la isla de Curazao, le dirigió una larga representación a la Real Audiencia de Caracas...perseguía dos propósitos: uno, que se le restituyeran sus bienes...y dos, que se la diese autorización para regresar a Caracas”(p.15). Su suplica no fue escuchada en ese momento sino un año mas tarde(1817) escribe Inés Quintero. Pero antes en 1816 pasó a La Habana. Allí fue escuchada, incluso por el Rey, quien la nombró “Heroína de la lealtad”, se le devolvieron sus bienes y se la autorizó regresar a Caracas.

No retornó en ese momento sino una vez que tuvo noticia de la victoria patriota sobre la armas del monarca en Carabobo(1821). En ese momento, anota Inés Quintero, “La asaltaban las más diversas emociones. Sus sentimientos eran contradictorios. Todos sus padecimientos, los recuerdos infelices, el desasosiego del exilio, las infinitas noches de insomnio, las pérdidas materiales, el fracaso, la remitían de manera directa al nefasto suceso de la

Independencia y al jefe de la insurgencia: Simón Bolívar, responsable directo de su infortunio”(p.53). Ya era viuda, “la pensión que recibía del Rey había sido suspendida desde el mismo momento en que los llamados patriotas recuperaron el control del gobierno”(p.53). Su hermana Juana siempre había sido patriota, siguió a su hermano Simón al exilio en Haití y luego vivió junto a él en Angostura. No regresó a Caracas, desde Guayana, hasta después del triunfo patriota(1821), quizá en 1822. Y cuando el Libertador vino por última vez a Venezuela en 1826 Juana estaba esperándolo en Puerto Cabello, el 31 de diciembre. Juana al igual que su marido e hijo eran patriotas, su esposo Dionisio Palacios, cuñado de María Antonia y su sobrino, hijo de Juana, habían muerto en el campo de batalla, el primero en Maturín(1814), Guillermo, el vástago, en la batalla de La Hogaza(1817). Uno de los hijos de María Antonia era Anacleto Clemente, éste se había unido, hacía tiempo, al ejército de su tío Simón, quien criticaba a María Antonia, en carta a Anacleto, por vivir entre Españoles deshonrando su nombre. “Nada parecía auspicioso para el regreso”(p.53) dice Inés Quintero. Podría quedarse en La Habana bajo las banderas del Rey, Cuba sería española hasta 1898. También pensaba, y ello se impuso: debía volver, reconstituir su patrimonio, reunirse con los suyos.

En aquellos años el díscolo Anacleto fue encargado de administrar los bienes de su tío Simón en Venezuela, Ese “patrimonio...era la parte más rentable y apetecible de todo cuanto habían tenido los Bolívar”(p.55).

Pese a lo difícil que podría imaginarse su encuentro con el Libertador primero por escrito y presente en 1827 éste, Bolívar llegó a Caracas el 12 de enero, debieron encontrarse el mismo día, hacía trece años que no se veían, pese a todo, la trató bien, con respeto, le encargó diversas gestiones relacionadas con la venta de las Minas de Aroa. María Antonia, o Antonia como la llamada Bolívar, lo enredó todo hasta el colmo que el Libertador quitó de sus manos las gestiones que le había encomendado. María Antonia, esto hay que saberlo bien, era una mantuana y una mujer acostumbrada al poder de la familia, poder que ahora llevaba en sus manos su hermano menor quien era el presidente de la república. Y quiso servirse de él, incluso aprovecharlo. Simón Bolívar se lo prohibió, él era un convencido, como el hombre justiciero que siempre fue, que si tenía razón los tribunales decidirían a su favor, que él no iba a interponer su poder, como se lo pedía María Antonia, para que le dieran la razón porque sí. Bella lección esta del Libertador para los gobernantes que le habrían de seguir. Muy pocos siguieron su ejemplo.

Ya hemos señalado que María Antonia, ya en Caracas, volvió a recomponer su fortuna. De hecho el mantuanaje había sido abolido por la guerra, pocos entre ellos tenían las fortunas que habían poseído antes de la guerra, su hermana Juana “Vivía arrimada en una casa ajena con su hija Benigna, ya que su casa en la esquina de los Traposos todavía estaba en ruinas como consecuencia del terremoto de 1812” (p.57).

María Antonia se instaló en su casa de la esquina de Sociedad. Allí vivía su cuñada María Josefa Tinoco, mujer aunque no esposa de su hermano Juan Vicente, muerto en una naufragio en 1811, madre de sus tres hijos naturales. María Josefa tenía diversos cuartos alquilados para poder sobrevivir, ya que la guerra había agotado todos los recursos y las haciendas no producían nada o sus inquilinos no pagaban sus rentas, incluso el tío Chano, Feliciano Palacios, debía mucho al propio Libertador por los arriendos de unas tierras en Chirgua en la región de Valencia.

María Antonia sacó a María Josefa de su casa (p.81), logró reorganizar sus bienes y volverlos a administrar pese a que tuviera que enfrentarse con quien fuera, incluso con su hermana, el tío Feliciano, primos o con su cuñada. Ella embrolló y enredó (p.79) los asuntos de Simón, a quien quería sin duda pero a quien miraba con los ojos políticos de una reaccionaria, para nada lo entendía ni entendía la obra de la emancipación, pese a el elogio suyo de un documento del Libertador de 1814 en Carúpano. Y comprendía menos el sentido profundo de justicia que el Libertador poseía.

Otros de los momentos de la terrible mantuana se presentó tras la muerte del Libertador cuando se hubo de repartir su fortuna. Ella era una de las herederas del hermano muerto viudo. Este, añadimos, tenía tantos años de haber enviudado que sentimos que lo más correcto sería considerarlo soltero como él mismo lo dijo al general Santander cuando estaba asediando en amores a Bernardina Ibáñez en la Nueva Granada y competía en el corazón de aquella muchacha, considerada la mujer más bella de Bogotá, con el coronel Ambrosio Plaza. No lo logró. Pero esa es otra historia que no tiene que ver con la reseña que escribimos aquí.

Pero su admiración de María Antonia por su hermano, si es que la podemos llamar así dado todo el dolor que le causó, terminó imponiéndose. Pidió al Presidente de la República la repatriación de sus restos cosa que se logró

el 17 de diciembre de 1842 aunque ella no pudo verlo por haber fallecido (octubre 7) ciento un días antes.

### El Noble

La historiadora Quintero ha logrado un lugar entre los historiadores actuales de Venezuela por la abundancia de la documentación que maneja, por el trabajo serio que la lleva a interpretar esos papeles cuando lo tiene por delante y por la belleza y precisión de su estilo. Al menos cinco libros suyos han despertado el interés entre los lectores de historia de nuestro país. Nos referimos a *Antonio José de Sucre: biografía política*. (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1998. 286 p.), a *La conjura de los Mantuanos*. (Caracas: UCAB, 2002. 238 p.), a *La criolla principal*, a *Los nobles de Caracas*. (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 2005. 77 p.) y a *El último Marqués*. (Caracas: Fundación Bigott, 2005. 240 p.). De verdadero interés es también su compilación de testimonios *Mirar tras la ventana*. (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1998. 171 p.).

Su tarea es interpretar los días de la Independencia a una doble luz: con el resplandor de viejos papeles vueltos a mirar de nuevo u observando aquellos sucesos gracias a nueva documentación antes desconocida, ahora ordenada y catalogada en los archivos.

En *El último Marqués*, que muchos leerán casi de un tirón, traza la biografía de don Francisco Rodríguez del Toro (1761-1851), la vida pública del postrero noble de ese título el cual como otros fue abolido por nuestra primera *Constitución* (1811, artículo 204).

Interesa en esta biografía política observar los avatares de este “gran cacao”, de uno de los “amos del valle”. Interpretar las diversas alternativas de su vida, como nos lo hace comprender Inés Quintero. El Marqués debió considerar el hecho que siempre debía estar en el primer puesto, sus cambios fueron impuestos por los sucesos políticos: de aristócrata pasó a patriota tras el 19 de abril, le tocó dirigir el primer ejército en campaña formado en el país, lo sostuvo de su propio peculio, ¡así era de rico este Mantuano!. Pero en 1812, quizá confundido con el huracán que se había despertado en la vida social venezolana, del enfrentamiento de patriotas contra realistas y de las clases sociales contra las clases dirigentes, el Marqués dudó. Escapó. Pidió

perdón al Rey. Pero obtenida la Independencia regresó al país y volvió a ocupar, por algunos años, puestos destacados en la dirección de la nueva nación que entonces lideraba el general Páez.

¿Qué lo salvó en 1821 es la pregunta que se hace el lector?. Quizá lo libró el ser un hombre prominente pero también lo protegió su vieja y honda amistad con el Libertador que a todos perdonó las dudas sobre la necesidad de la emancipación. No sólo lo hizo con él. Hasta con el Marqués de Casa León lo hizo también.

Todo este periplo nos lo muestra, nos lo presenta, lo examina con pormenor, Inés Quintero en su delicioso libro. Nos muestra como con las armas del biógrafo se puede penetrar en los sucesos y cambios de una sociedad. Tres mutaciones vivió el Marqués: fue un hombre de primera fila en los días finales del régimen colonial, encabezó el pronunciamiento contra España y contra Fernando VII, rey inepto si los ha habido. Mas tarde se volvió a dirigir al Soberano. Pero perdida la guerra por las tropas peninsulares se dio cuenta que debía retornar y actuar en su país. Fue fiel pues a Venezuela. Fue testigo y actor de sus cambios, dudó como dudan todos los seres humanos cuando un vendaval de sucesos, cuando una inundación que no se puede atajar, sucede. Pero su sentimiento fue amplio.

Su amistad con Bolívar fue profunda, tanta que los unió un afecto tan amplio que cuando el Libertador llegó a Caracas en 1827 abrazó al Marqués y le dijo: “En Caracas sólo hay dos cosas iguales: el Avila y Ud.”.